

iguales, aunque Kolokotronis era el más popular entre ellos, y pronto se sobrepuso no sólo á Mauromicalis, sino también á Ipsilanti. Por fortuna, el elemento civil de la nación griega había encontrado un jefe de talento elevadísimo, de vasta instrucción y de patriotismo puro y acrisolado en el joven Alejandro Maurocordatos, cuya superioridad positiva no tardó en oscurecer la autoridad del generalísimo Ipsilanti. Fué entonces cuando se convocó en Argos una asamblea nacional, elegida, parte, por el pueblo directamente; parte, por los prohombres y notables de cada distrito. De estas dos clases de representantes, la segunda preponderó en el congreso, y por tal causa, no encontrándose bien en Argos, en medio de los salteadores llamados cleftas (montañeses) por los mismos griegos, se trasladaron los diputados á Piadha, pequeña población situada cerca de la antigua Epidauró. El trece de Enero de mil ochocientos veintidós, proclamó solemnemente el Congreso helénico la independencia absoluta de su patria, y después aprobó una Constitución semejante á las que regían en otros países de Europa, dándole el nombre de «Estatuto orgánico de Epidauró». Creaba éste, para regir el país, un poder ejecutivo, cuya presidencia se confió á Maurocordatos.

Las deliberaciones y acuerdos de la asamblea griega contribuyeron á enfiar á Alejandro, que repugnaba pactar con la revolución aceptando la obra del Congreso helénico; independientemente de esto, fiel á las tradiciones de la política moscovita, al perseguir la desmembración del Imperio otomano no era su pensamiento que se levantaran sobre sus ruinas Estados cristianos absolutamente autónomos, sino gobiernos vasallos de Rusia é incapaces de sustraerse á su protectorado. De aquí la complacencia con que el monarca ruso, que se veía metido en un mal paso, admitiera, para salir de él lo más airosamente posible, la mediación ofrecida por Austria é Inglaterra, y que la Puerta, tan amenazada en Agosto, se zafara del peligro de una guerra con Rusia sin humillarse á sus exigencias.

No bien percatado Metternich del cambio producido en los sentimientos del Czar, concibió la idea de sacar partido de él, fingiendo condescender con los deseos de dicho soberano, á quien trataba como á un niño grande. Tal fué el móvil que le guió á proponer (Enero-Febrero de mil ochocientos veintidos) que se celebrasen en Viena conferencias, muy semejantes á un congreso, para acordar medidas acerca de la pacificación de Grecia. Inglaterra se manifestó bastante sorprendida de esta táctica, porque no entraba en sus proyectos someter la existencia del Imperio turco á las resoluciones de la Santa Alianza. Hizosele, empero, comprender, que la negociación carecería de seriedad, no tratándose sino de ganar tiempo. Ali-Bajá acababa de morir, y la Puerta disponía ya de todas sus fuerzas para dirigir las contra los insurrectos griegos; mas necesitaba algunos meses antes de poder concentrarlas en el Peloponeso, foco principal de la rebelión. Era, pues, indispensable que, en el entretanto, Austria é Inglaterra se repartiesen los papeles, trabajando la segunda en Constantinopla para recabar las satisfacciones pedidas por el Empe-

rador de Rusia en nombre de los tratados, mientras la primera elaboraba con las demás potencias un plan enderezado á conseguir la pacificación de Grecia, el cual nacería muerto, bien por el triunfo de las armas turcas, bien por la negativa, fácil de prever, que el Sultán opondría el entrometimiento de la Santa Alianza en sus negocios.

La farsa se representó punto por punto. Tatistcheff, embajador ruso, fué en el mes de Marzo á Viena, donde Metternich le entretuvo largo tiempo con vanos preliminares. A su regreso á San Petersburgo, encontró al Czar muy satisfecho, á causa de saber que Mahmud, cediendo á las instancias del representante inglés, Strangford, acababa de prometer nombrar en breve plazo los dos nuevos hospodares de Moldavia y Valaquia. Tatistcheff fué enviado otra vez á Viena, á donde ofreció el emperador ruso ir en persona en el mes de Septiembre, que era el señalado para celebrar el congreso llamado á ultimar los asuntos de Italia, el cual debía reunirse no en Florencia, como al principio se pensara, sino en Viena. Las conferencias de Viena, aplazadas un día y otro con diferentes pretextos por el astuto canciller de Austria no empezaron hasta el veintiocho de Junio; y después de arrastrarse penosamente durante los meses de Julio y Agosto, condujeron á un resultado completamente negativo. Austria é Inglaterra invitaron oficialmente á la Puerta á mandar su representante á las conferencias, pero bajo cuerda le aconsejaban que no lo nombrase, de modo que Mahmud, se negó en términos categóricos á enviarlo.

Influyó mucho para que el Sultán se colocase en esta actitud intransigente, el creer por aquellos días próximo al vencimiento de los griegos. En Abril de mil ochocientos veintidós, la escuadra turca había reducido á obediencia á la isla de Chío, una de las últimas que se sublevaran. La hermosa isla fué anegada en lágrimas y sangre, no obstante haber prometido los otomanos concederle amnistía. Veintitrés mil de sus habitantes fueron pasados á cuchillo, y cuarenta y siete mil vendidos como esclavos. De cien mil almas que tenía Chío, no quedaron en ella sino veinte mil. Tanta barbarie clamaba venganza, y sobre la hostia consagrada juraron tomarla el marino psarioto Kanaris y cuarenta y dos compañeros suyos, aunque les costase la vida. Cumplieron su palabra. En la noche del diez y ocho de Junio, cuando los turcos celebraban la fiesta del Bairan, Kanaris acercó su brulote al buque almirante enemigo, que pronto quedó envuelto en humo y llamas: una verga que se desprendió mató al almirante, y á los pocos momentos estalló la soberbia nave, supultando en las olas á tres mil hombres que la tripulaban. Los atrevidos marinos que la habían incendiado pudieron huir, y llegados á su isla, fueron descalzos en romería desde la playa hasta la iglesia, mientras la escuadra turca levaba anclas y corría á toda prisa á refugiarse en los Dardanelos. Con esto respiraron las islas; pero, en cambio, los feroces ejércitos turcos se derramaban como torrente embravecido por la Grecia continental y la peninsular. Kurchid-Bajá, el vencedor de Ali de Tebelen, cuya cabeza enviara á su señor, se revolvía con todas sus fuerzas contra las provincias helénicas. La

Tesalia, la Beocia, el Atica eran puestas á fuego y sangre, y la Grecia Occidental entregada al saqueo. Maurocordatos, batido en Péta, retrocedía con el suliota Marcos Botzasis hasta Missolonghi, donde sus enemigos le cercaron. En fin, treinta mil turcos, á las órdenes de Dramali, amenazaban caer sobre el Peloponeso como una tromba. Grecia parecía perdida. Su heroísmo y la impericia de sus enemigos le salvaron.

En vista de la negativa del Sultán á estar representado en las conferencias de Viena, se hubiese creído que Alejandro de Rusia, antes tan puntilloso en sus relaciones con Turquía, iba á acomodarse de veras. No sucedió así y cuando se le vió presentarse en la capital de Austria sin Capo de Istria, el cual, caído en desgracia, al menos en apariencia, se había retirado á Suiza, se comprendió que si protestaba de la mala voluntad de Mahmud, sería solamente por fórmula. Metternich, rebosando de alegría, declaró al Czar ganado definitivamente á la buena causa. Y en verdad, Alejandro, después de dirigir algunos reproches á Strangford, pareció remitir *ad kalendas græcas* la ejecución de su programa oriental. Así al menos se supuso al conocerse la nota del veintiséis de Septiembre, en la que el emperador ruso no exigía, para reanudar sus relaciones diplomáticas con Turquía sino que esta potencia le comunicara oficialmente el nombramiento de los hospodares; renovase los privilegios mercantiles de Rusia en el Imperio otomano, y probar, mediante una serie de actos, haber restablecido los derechos y las libertades cuya violación había sido causa del alzamiento de los griegos.

Las apariencias, sin embargo, no respondían á los verdaderos sentimientos del autócrata. Aplazaba éste el llevar á la práctica sus designios cerca de Turquía; no renunciaba á ellos. Para no empeñarse en ponerlos por obra inmediatamente, tenía, aparte de los motivos que quedan expuestos, otro muy poderoso. La revolución ganaba terreno en Occidente, y no había tiempo que perder; era preciso combatirla á todo trance. Preocupábale especialmente la situación de España, juzgando indispensable la intervención de la Santa Alianza en beneficio de Fernando VII. Creía también que este era un medio indirecto, pero seguro, de atraerse al fin el concurso de Francia en su otra magna empresa. El ministerio Vilelle estaba aún en peores condiciones, para asociarse á sus proyectos en los Balkanes, que el de Richelieu. Irritados los liberales con el triunfo de los ultra-realistas, arreciaban en su oposición á las instituciones. El carbonarismo había adoptado una actitud militante y agresiva. La adhesión del ejército á los Borbones era cada vez más problemática, y casi simultáneamente se descubrieron importantes conspiraciones militares en Belfort, Tolón, la Rochela y Saumur, que motivaron procesos célebres y determinaron sangrientas ejecuciones. El partido dominante monopolizaba todos los cargos públicos, acudiendo al sistema de las *purificaciones* para expulsar de ellos á los tildados de tibios ó sospechosos; dictaba nuevas leyes preventivas y represivas contra la Prensa, y favorecía la acción invasora de la *Congregación* en la política. La impopula-

ridad del gobierno crecía á ojos vistas, y el trono se hallaba seriamente amenazado. Mas, en medio de todo, hubiera sido fácil reprimir la agitación que se notaba en Francia, á no estar mantenida y alentada por el ejemplo de España. Era aquí, al decir de los *ultras*, donde se debía atacar y destruir el jacobinismo. Dado este gran golpe, los llamados amigos del orden podrían llevar á cabo, al lado allá de los Pirineos, la reacción que meditaban. Francia entonces recobraría, al mismo tiempo que su tranquilidad interior, la libertad de sus actos. Tal era, al menos, la opinión de Alejandro de Rusia, el cual, por todo lo expuesto, fué á Verona decidido á provocar la intervención en nuestra patria, donde el ministerio San Miguel, formado después de los sucesos del siete de Julio, se defendía bravamente de los *apostólicos*.

La nueva reunión de soberanos y ministros empezó á mediados de Octubre de mil ochocientos veintidós. Asistieron personalmente, como en Laibach, además de Alejandro, el Emperador de Austria y el Rey de Prusia; también concurrieron casi todos los soberanos de Italia. Los asuntos de esta Península, que sirvieron de pretexto para celebrar el Congreso, quedaron relegados desde el primer instante á segundo término. Durante muchas semanas, apenas se discutió otra cosa que la cuestión de España, que era la batalla. El Czar declaró que no partiría de Verona, aunque se hiciese viejo y sus cabellos blanquearan, sin dejarla resuelta. El ejecutor del fallo de la Santa Alianza debía ser Francia. Esto inquietaba á Vilelle, administrador prudente, que veía al gobierno de Londres dispuesto á contestar, al acuerdo de intervenir en España, con el reconocimiento oficial de las repúblicas hispano-americanas, según habían hecho los Estados-Unidos, y á que convidaba á Inglaterra el estado de aquellos países, donde ya también el Ecuador se había emancipado por los esfuerzos de Bolívar y su principal lugarteniente Sucre; la insurrección se extendía y fortificaba en el Perú, y en México, Iturbide, favorecido secretamente por la Gran Bretaña, se había proclamado emperador. El jefe del ministerio francés andaba remiso, además, por inspirarle poca confianza el ejército, del que temía que, en lugar de avanzar á Madrid, «diese media vuelta» en dirección á París, conforme le aconsejaba el famoso cancionero Beránger. En fin, mirando por el buen orden de la Hacienda, que estaba á su cargo, vacilaba en lanzar á su patria en una guerra, donde prevenía que el gasto iba á ser mucho mayor que la honra. No participaba de su opinión su colega Mathieu de Montmorency, ministro de Negocios Extranjeros y dócil instrumento de la Congregación, el cual se inclinaba visiblemente á satisfacer los deseos de Alejandro. Representaba á Francia en Verona, y Vilelle, conociendo sus ideas, había juzgado oportuno agregarle como segundo á Chateaubriand, quien, á lo que parece y no obstante lo que después dijo en sus *Memorias*, no tenía aún juicio formado en el asunto. En suma, ignorábase aún cuál sería la actitud definitiva de Francia. En cambio, no surgía duda alguna la de Inglaterra. Castlereagh se había suicidado el doce de Agosto anterior, y Canning, su sucesor,

célebre no sólo por su maravillosa elocuencia, sino por el papel que desempeñara á la cabeza de la diplomacia inglesa en tiempos de Napoleón, iba á observar con la Santa Alianza una conducta y á hablarle un lenguaje bastante más enérgico que los del antiguo amigo de Metternich. Lleno de aversión hacia el canciller de Austria y su política, Canning era de aquellos conservadores que, como Pitt, su maestro, no profesaban odio sistemático al espíritu de la revolución, entendiendo que la propagación de la forma de gobierno constitucional en ningún caso podía envolver peligro para un país que, cual el suyo, había, merced á ella, ganado tanta influencia en el mundo. No, por esto, se sentía impulsado á imitar en favor de las ideas liberales el quijotismo de Alejandro, ó la testaruda obstinación de Metternich por los principios monárquicos. Inglés, ante todo, y preocupado por el pensamiento de sostener y aumentar el poderío de su país, tendía principalmente á no contraer compromisos que le atasen las manos cuando hallase ocasión de favorecer el engrandecimiento de Inglaterra. Era lo que hoy llamaríamos un *oportunist*a, creyendo, empero, en tesis general, que más provecho había de obtener su patria explotando la revolución que no combatiéndola. Comprendiendo que era sospechoso á Metternich y al Emperador de Rusia, en vez de ir él á Verona, mandó allí á Wellingtón, conservador de pura raza, pero abogado no menos resuelto de los intereses británicos. Las instrucciones que llevaba el vencedor de Waterlóo eran: declinar en nombre de la Gran Bretaña cualquier participación directa ó indirecta en la intervención armada; oponerse á la entrada de los ejércitos de la Santa Alianza en Portugal, invocando los tratados que ligaban á este país con Inglaterra, y declarar que el gabinete de Londres no haría nada para defender la Constitución ni en España ni en el reino lusitano, pero que se reservaba su libertad de acción en lo tocante á las colonias de América. Como se ve, la política inglesa se inspiraba más en su egoísmo que en el amor á la justicia. En cuanto á las dos grandes potencias alemanas, Prusia iba á remolque de Austria, y ésta, aunque sentía que la intervención armada se efectuase, por la preponderancia que pudiese adquirir Francia y la probabilidad de que la siguiera la alianza entre Luis XVIII y Alejandro, resignábase á ella en obsequio á la causa del absolutismo y por ser, en aquellas circunstancias, el único medio que había de apartar la atención del Emperador de Rusia de los asuntos de Oriente.

Villele había encargado á Montmorency que no propusiera nada acerca de la cuestión española; mas el ministro francés, excediéndose de sus instrucciones, no bien abierto el Congreso leyó á los demás plenipotenciarios una nota, en la que presentaba á España presa de la anarquía y como probable que Francia le declarara la guerra, preguntando si, realizada esta hipótesis, las restantes grandes potencias seguirían su ejemplo y qué auxilio moral y material debería esperar su gobierno de parte de los aliados. La nota agregaba que el deseo de Francia era que la dejasen obrar á ella al otro lado de los Pirineos y elegir el momento de hacerlo, bastándole que la Santa Alianza la apoyase, en

caso necesario, con un ejército de observación situado allende su frontera; pero ni aun estas restricciones supo mantener el malaventurado ministro de Luis XVIII. Montmorency leyó dicha nota el veinte de Octubre, y en la sesión del día treinta y uno le comunicaron sus respuestas los otros cuatro Estados. Inglaterra rehusaba en absoluto su asentimiento á la intervención; Rusia se adhería sin reservas al programa belicoso de Montmorency; Austria y Prusia prometían retirar sus embajadores y subordinaban á una inteligencia ulterior la parte que hubieran de tomar en la operación. Lo más grave era que las tres potencias del Norte querían que el Congreso fijase desde luego el procedimiento ó forma de intervenir, acordándose, á propuesta del canciller de Austria, que las cuatro cortes conformes reclamasen simultáneamente del gobierno de Madrid, por conducto de sus respectivos embajadores, la reposición inmediata de Fernando VII en su autoridad soberana, y que, de no escuchárseles, como se suponía, abandonaran á España al mismo tiempo: quedaba sobreentendido que su marcha sería la señal de la guerra.

Montmorency no estaba tranquilo, comprendiendo que había comprometido á su patria; además, Villele le recordaba á cada paso sus instrucciones, advirtiéndole que, «sobre todo, no pueda acusársenos de haber excitado á los soberanos contra España, ni de haber sido arrastrados, á pesar nuestro, por las determinaciones del extranjero». La situación del plenipotenciario francés era angustiosa, entre el jefe de su gobierno, por un lado, que no cesaba de recomendarle irse con pies de plomo, y el emperador Alejandro, por otro, que recurría, ora al halago, ora á la intimidación, á fin de arrancarle su consentimiento definitivo. Al cabo, accedió á todo. Menos esfuerzos costó aún al Emperador de Rusia convencer á Chateaubriand, el cual plegóse á los deseos del autócrata, halagada su vanidad por las lisonjas que éste le prodigara y soñando, en su ardiente fantasía, con elevar á Francia y elevarse él mismo al pináculo de la gloria. El diez y nueve de Noviembre, se leyeron en sesión las notas que debían dirigirse á España. La de Francia era la más moderada; las otras tres, especialmente la de Rusia, estaban redactadas en términos intemperantes y agresivos. Según acuerdo, que en seguida se tomó, Francia podría comenzar la guerra y requerir el auxilio de las otras tres potencias en las tres circunstancias siguientes: si el gobierno de España alentaba á la rebelión á los súbditos de Luis XVIII; si se destituía á Fernando VII, ó se dirigía cualquier atentado contra él ó algún individuo de su familia; si se intentaba alterar el orden de sucesión á la corona. No se coartaba la libertad de Francia para proceder á la intervención armada por otros motivos; pero, fuera de los casos expresados, la Santa Alianza no tenía el deber de prestarle su concurso activo, aunque sí el de interesarse por el restablecimiento del orden en la Península, practicando gestiones por la vía diplomática. Alejandro y Metternich, queriendo atar corto á Francia para impedirle arrepentirse, comprometieron á sus representantes á aceptar la reciprocidad, á cambio de las obligaciones que los otros Estados contraían con ella,